

Los Libros

«HUELLAS SOBRE LAS CUMBRES», de *Claudio Vivas*

Se piensa, al conocerlo, en Nicolás Ostrowsky. En Mariátegui. En Gallegos Lara. En el doctor Nicola, el uruguayo. Pero luego se les olvida. Y queda sólo éste don Claudio Vivas. Se olvida el bastón que acompaña sus pasos y sólo se ve su rostro, tan alegre en los ojos. Oímos su palabra segura y amable, que nos habla en el idioma pausado, de recias inflexiones castellanas, de quienes nacen en las regiones andinas de Venezuela: «Aldea merideña, arriba, mucha nieve, abajo, mucho verde!».

Don Claudio nació en Tovar, Estado Mérida. Y ha dicho en un momento de nuestro caminar: «Me gustan las dificultades. Sin ellas la vida no tendría sentido». Don Claudio las vence. Y ellas no hacen sino volverle más diáfano el sentido del mundo y más dispuesta la mano amistosa. Fué maestro y todavía a su alrededor gira el hálito vivo del respeto con que lo rodean quienes saben que tienen de él mucho que aprender. Pero no solamente el aprender y el enseñar de los libros. Don Claudio nos enseña por la gracia de su firme sentido de la belleza, a sorprender la forma

eterna de la huella que dejan en el aire la mariposa y el perfume.

Encontrar a don Claudio es dar con el camino que mejor nos lleva. Lo rodea una paz de hondura transparente, poblada de todas las voces que han dicho «palabras verdaderas». En las páginas de don Claudio hay serenidad de tiempo y de paisaje y en lontananza se dibujan los olmos viejos y los campanarios que hacen de las páginas de Antonio Machado el breviario constante de nuestras horas y de nuestros años. Rodeado de claros rostros, de cuadros y de libros, de ternura y árboles, vive don Claudio su tiempo generoso, su vida de puerta abierta y lámpara encendida. . .

«Huellas sobre las Cumbres» se llama el libro de don Claudio Vivas. La razón de este nombre la encontramos en las palabras que nos abren el mundo sencillo y diáfano de una aldea y de un hombre:

«Incidentes adversos, tempraneros, marcaron al autor vías desoladas y éste hubo de crearse un mundo personal, introvertido. En la ruta afligente, un sol de altura le encendió candelas en espacios de evasión; luces de intuición le alumbraron abismos y en el andar jadeante y solitario marcó estas *huellas sobre las cumbres*».

Es un libro que tiene la pureza de un amanecer en la cordillera. Cada página enciende un nuevo motivo de recreación estética, con la misma suave naturalidad con que la luz mañanera va descubriendo paisajes en los valles. Tiene don Claudio preciosismos líricos de un Valle Inclán, pero no obstante predomina en

su estilo la reciedumbre de fondo, la suavidad de superficie de Antonio Machado o Azorín. Nos habla de su aldea merideña, de sus gentes, de los caminos de la tierra que son caminos del corazón para quien como él se siente identificado con la entidad humana en todas sus formas y manifestaciones auténticas. No existe para don Claudio Vivas la palabra «extranjero». Sus cuadros de vida y ambiente de la provincia andina y de la capital venezolana tienen la vigencia de lo que puede ser y suceder dondequiera los hombres sientan y piensen en castellano y en tierra de América Latina.

«Moras y Claveles»... página digna de antología. En el pregón de la pequeña vendedora de frutas y flores, en su voz cuya nota delgada, color de agua, se levanta—árbol y trino—sobre el territorio de la mañana, el mundo vive nuevas formas poéticas. Porque don Claudio Vivas escucha el pregón de la pequeña vendedora de frutas y claveles y lo lleva hacia la poesía, de la mano, con la segura norma que lo guía de hacer saber a cuantos lo rodean que la tierra está llena de milagros para quienes se detienen un instante a entenderlos.

Es un amanecer de Caracas, uno de los tibios y multicolores amaneceres del Avila:

«Entre el obscuro y claro del amanecer trota el día a paso de afán. En la calle inundada por la niebla resbalan los ruidos mañaneros; la música negra de las carretas, los silbidos de los lecheros y los falsetes de los niños loteros. En las «torres desprevenidas» vuelan las golondrinas de los maitines...».

.....

«La pantalla del Avila ofrece en la mañana amarilla noticiarios de antaño y cortos de tradición. Por el Norte, un trapo de neblina perfila el caballo de Ledesma. Un surco de luz finge el agua cantora del Catuche. Y bajo el samán de Damís platican Andrés Bello y el Padre José Cecilio sobre los hexámetros de Homero y las espístolas de Horacio.

Hacia el Este el cielo se tiñe de leyenda. En voluta jónica se levanta el humo del trapiche de Bello Monte, que mueve el agua abundosa de la cascada de Chacaíto. Míster Alderson dispone la tarea de sus esclavos y su bella hija Isabel ejecuta en hora tempranera una sinfonía en el piano clavecino.

En la silla se sientan las siluetas viajeras de Humboldt y Bompland. Hablan amablemente del conde de Segur, mientras contemplan «el risueño valle del Guaire con su sombría cortina de montañas» y las pobladas costas de Caraballeda».

Caracas de antaño «dulce y tibia», donde la paz bajaba con el verano y las cigarras desde la hacienda de San Bernardino como nos cuenta don Luis Churión, recobra su lugar amable y transparente en los ojos que la ven o la vuelven a ver a través de las palabras de don Claudio Vivas:

«Sobre el prado urbanizado de La Castellana, por la vereda que sombrean los naranjos envejecidos de San Felipe, camina la sombra fuerte del Padre Mohe-dano. Bajo los búcares se derrama la carcajada fresca del Padre Sojo. Y entre la cámara de los ceibos anudados, el bandoneón de los guacamayos acompaña la música romántica del arpa de Blandín.

Sobre las fosas con yerba del viejo cementerio de Chacao se inclinan los bigotes floridos de don Arísti-

des Rojas, que anda en busca de una inscripción grabada en tinta colonial. . . ».

Y el pregón de la pequeña vendedora rubia rompe el aire del amanecer. . .

La evocación se va, tierra adentro, hacia la aldea. . .

«Tierra adentro, un cerro, un río, molinos, casas blancas, capillas, toque de Angelus y misa amanecida. Días lluviosos, cielo plumizo, niebla y frío.

Mercado de provincia, verde que se derrama por el surco del río y campo juguetón. Mozas campesinas, en la edad de la siembra, con la lozanía del barbecho. Moras, claveles y mortiños en los cestos de bejucos. Mozas, paramañas en la edad de la cosecha, con la alegría del fruto y de la flor. Mozos estudiantes, con expresión sincera para la vida y el canto. Idilios iniciales, palabras volanderas, retruécanos y risas!

Y la ramilletera que era bella como la expresión sensible de su campo y tenía la frescura de la tierra llovida. . . ».

.....
«En la mañana caraqueña el cielo se tiñe de recuerdos. . . ».

En esta época de avenidas y edificios, de maquinaria nocturna, de inmensos bloques blancos traídos por la fuerza viva, sonora y atropellada del progreso, la literatura de evocación cobra diariamente mayor valor en todos los países. Es allí donde quedan las imágenes que el tiempo condena a desaparecer del plano físico de las ciudades y que fueron en su momento la raíz profunda de nuestra vida y nuestro sentido del mundo. Tienen doble valor, por esta causa, las pá-

ginas de «Huellas sobre las Cumbres», con su suave reminiscencia lírica y su amoroso contorno subjetivo. En ellas queda, vivo, un retazo sentimental de la historia venezolana. Como queda viva en las páginas de «Ana Isabel, una niña decente», de Antonia Palacios, la placita de los enamorados, la mansa placita de la Candelaria donde todavía juegan los niños alrededor del viejo cuadrante y bajo la sombra de la torre campanera, pero por cuyos costados asoma la invasión del progreso en la ola blanca de los edificios modernos.

«Huellas sobre las Cumbres» cumple, como «Ana Isabel», la misión de entregar un mensaje auténtico que nos habla de lo que fué y no debe ser olvidado. De sus páginas se desprende una manera fina y firme de encontrar y retener los elementos de valor palpable. Y es que en este sentido, ya en el terreno humano, la más bella página es la que en el tiempo escribe la vida generosa de don Claudio. Quien a él se acerca encuentra invariablemente la buena palabra, el espontáneo gesto amigo. Para quienes hemos llegado cruzando fronteras al conocimiento de la personalidad y de la obra de este auténtico valor venezolano es una experiencia grata e inolvidable.—MARUJA VIEIRA.

Caracas, 1950.



«DON ENRIQUE NERCASSEAU Y MORÁN», de *Hermelo Arabena Williams*.

Hay actos de justicia tan fundados e impresionantes que su demora nos deja sorprendidos, y su realización hiere no poco nuestras conciencias cuando aca-